

## Laboratorio de Análisis de Coyuntura Social (LACOS)

### **La sociedad chilena postplebiscito: Interrogantes sobre la continuidad o término de un proceso transformador \***

Manuel Antonio Garretón

Si se piensa la sociedad latinoamericana como conjunto o tipo ideal, cosa no exenta de complejidades, podría reconocerse una problemática compartida que tiene, esencialmente, tres rasgos. Por un lado, una dimensión social que se resume en la demanda por igualdad. Por otro lado, se observa una crisis arraigada de las instituciones políticas y representativas, como también una crisis de la propia comunidad política, con un conjunto de politicidades que no encuentran expresión cuando los instrumentos clásicos de canalización en la región, entendiéndose el Estado y los partidos políticos, presentan tal déficit. Finalmente, está la pregunta sobre los modos de inserción en un mundo globalizado, con tensiones respecto al modelo de desarrollo no solo en su versión neoliberal, sino también neodesarrollista. Ante tal panorama, pueden surgir coyunturas críticas que abran espacios a procesos refundacionales que recompongan las relaciones entre Estado y sociedad.

En perspectiva comparada con la región, el caso chileno tardó en plantear o iniciar un proceso de este tipo. El retraso en buscar reconstruir la comunidad política, enfrentar decididamente la desigualdad y superar el modelo neoliberal heredado de la dictadura y corregido en democracia, tiene entre sus efectos la ruptura entre el mundo político-institucional y el mundo social. La falta de instancias representativas capaces de canalizar las demandas ciudadanas, en el marco de una institucionalidad política regida por un principio contramayoritario y de mantención del *statu quo*, lleva a una crisis de legitimidad del sistema y a un auge de movilizaciones sociales que decantan en el estallido social de 2019. Este fenómeno puede ser leído como rechazo a lo existente, pero también como posibilidad de inicio de un proceso transformador.

Tres cauces o instrumentos se alineaban con un proceso de este tipo: las movilizaciones sociales, el gobierno de Gabriel Boric y el proceso constituyente. Este último no solo fue la salida institucional frente a la crisis de 2019, sino que fue un eje sobre el que giró la política y la sociedad en los últimos dos años. Por cierto, fue *el* eje del proceso transformador en general. En el imaginario se pensaba que la ciudadanía ratificaría la propuesta de Nueva Constitución que saldría de ello, pensando que correspondía a la misma ciudadanía que había mostrado un amplio apoyo al cambio constitucional tanto en los sondeos de opinión pública como en el mismo plebiscito de entrada; o que sería la misma ciudadanía que en

---

\* Documento borrador para reunión del Laboratorio de Análisis de Coyuntura Social, 21 Octubre 2022. Se basa en las exposiciones en el Conversatorio realizado ante los estudiantes el 13 de Octubre. Contó con la transcripción, edición y aportes sustantivos de Fabiana Ivankovic

Octubre de 2019 mostraba respaldo a las movilizaciones. No obstante, una cosa es imaginario y otra realidad.

La propuesta de Nueva Constitución fue rechazada de forma contundente en el plebiscito de salida. En efecto, con una participación del 85% del padrón electoral, la opción *Rechazo* se impuso con el 61,97% de las preferencias, en contraste con el *Apruebo* que sólo obtuvo un 38,03%. Es más, la primera alternativa venció en todas las regiones y ciudades del país, a excepción de ocho comunas. Lo mismo ocurre considerando el género, el nivel socioeconómico o la edad, sin haber diferencias significativas entre los subgrupos de estas dimensiones. Ahora bien, no deja de ser significativo que en los sectores rurales y de más bajos ingresos, como en territorios con mayor presencia de población indígena, es donde el *Apruebo* fue mayormente derrotado, con diferencias superiores a 40 puntos. Finalmente, la preferencia por esta opción supone un 1% más a lo obtenido por Salvador Allende en las presidenciales, o 300 mil votos más a lo conseguido por Gabriel Boric. Aunque esta comparación es netamente porcentual, permite aventurar que la opción por aprobar la Nueva Constitución convocó únicamente al nicho de izquierda.

No existen precedentes a nivel mundial de un proceso constituyente que, desarrollado por una asamblea electa en su totalidad por la ciudadanía, haya fracasado. Desde una perspectiva regional, todos los procesos de cambio constitucional tras el retorno a la democracia y encauzados mediante asambleas constituyentes, dieron lugar a nuevas Constituciones (aunque no todos incorporaron referéndums ratificatorios). En ese sentido, el caso chileno es verdaderamente una excepción y ello exige un análisis profundo en torno a las causas que llevaron a tal escenario.

Por cierto, se han puntualizado como factores un voto de sanción a la Convención y sus integrantes, como también al propio Gobierno. También se ha apuntado a ciertos contenidos de la Propuesta de Nueva Constitución como, por ejemplo, la plurinacionalidad, la tenencia de la vivienda o la propiedad y heredabilidad de las pensiones (donde los retiros de fondos pueden haber jugado un rol importante). También se dirige la atención a la predominancia de una “política identitaria” por sobre una agenda redistributiva o material y, por cierto, a los efectos del voto obligatorio en un contexto de fuertes sentimientos anti y apolíticos. Asimismo, se destaca la campaña de desinformación y oposición al proceso por aquellos sectores que nunca fueron favorables a una nueva Carta Magna, particularmente la derecha dura y el gran empresariado, a lo que el control de medios de comunicación fue funcional. Estos sectores, en su plano político, cedieron visibilidad y espacio a una centroizquierda por el Rechazo, permitiendo des-derechizar tal opción y convocar a aquel electorado favorable a una nueva Constitución, pero contrario a la propuesta de la Convención.

Así, es posible evidenciar una suerte de listado de las múltiples causas que llevaron al fracaso del proceso constituyente. Tal listado no solo debe ser debatido e investigado, sino que también integra más contenidos que los expuestos anteriormente. En cualquier caso, tras una derrota de tal magnitud del proceso de cambio constitucional, hay también un fracaso. Aquello lleva a una pregunta central, a saber, si el resultado del referéndum ratificatorio implica el fracaso de las categorías con las que se pensó el proceso constituyente e, incluso, el estallido social que le dio surgimiento.

Es posible pensar que en el estallido hay un sector movilizado desde una búsqueda de superación al modelo neoliberal, con su desigualdad económica, la dificultad extenuante para gestionar la vida cotidiana y el acceso limitado y socialmente segregado a los servicios sociales. El tema es si ese sector, altamente visible y masivo en 2019, podía ser comprendido como expresivo de toda una ciudadanía en aquel entonces y ahora. Si, acaso, muchos de los/las movilizad@s movilizad@s que mostraban hastío o rechazo con el *statu quo*, político y socioeconómico, no necesariamente adherían a un discurso propiamente anti-neoliberal o de transformación refundacional. Sobre todo, cabe pensar que ocurría con aquellos sectores que no se habían manifestado y que tampoco participaron en los procesos electorarios posteriores. ¿Pero la existencia de tales sectores, por importante que fuera, niega el carácter transformador de este proceso? La única lectura posible es que estábamos frente a un fenómeno de pulsiones, demandas individuales o identitarias, malestar y rechazo y no un proceso más profundo de demanda de cambio social?

Así, una reflexión relevante a raíz del triunfo del *Rechazo*, radica en los escenarios abiertos por tal resultado, en lo que respecta a la continuidad o no de un proyecto transformador en Chile. Se propone que es posible identificar tres escenarios, siendo el primero una restauración conservadora. Lo anterior supondría la conversión de la derrota de una propuesta constitucional en la derrota del proyecto transformador en sí, esto es, implicaría el aprovechamiento de la coyuntura actual para impulsar un nuevo proyecto -fundamentado en una nueva coalición político-social- articulado en torno a la afirmación de los aspectos centrales del *statu quo*. Es posible afirmar que, actualmente, esta es la estrategia de la derecha, sector que logró pasar de ser un núcleo minoritario a arrogarse la mayoría obtenida por el rechazo a la nueva Constitución. Si bien tal votación no puede comprenderse como un triunfo de este (o de ningún) sector político y su programa, en la práctica tal interpretación ilustra una pretensión de impedir todo atisbo de transformación sustantiva. Lo que se presenta es una oposición más obstruccionista, fortalecida y agresiva que, en búsqueda de restauración, califica el estallido social como acontecimiento netamente violento o delictual, negando los factores estructurales que llevaron a tal crisis y al proceso constituyente. Me parece que la interpretación de Carlos Peña, desde una perspectiva psicologizante, es funcional a una restauración conservadora, aunque no utilice el mismo discurso de la derecha dura.

Un segundo escenario radica en la continuidad del proceso transformador, pero cuyos componentes se encuentran debilitados. En efecto, salvo en el caso de los/as estudiantes secundarios/as, se desconocen las posibilidades y potencialidades reales de nuevas formas de movilización social. Desde otra perspectiva, el gobierno no tiene mayorías institucionales para impulsar su programa, además de estar golpeado tras el plebiscito. A su vez, aunque la mayoría de las fuerzas políticas declaran estar a favor de un nuevo proceso de cambio constitucional, tanto las posibilidades de acuerdo como las características de un nuevo mecanismo constituyente son todavía inciertas. Finalmente, no pareciera registrarse un proyecto transformador claro, diferente y viable, que involucre a una coalición político-social sólida. Tanto la distancia entre política y sociedad, como la recomposición en el campo político dificultan lo anterior.

Finalmente, un tercer escenario es de empantanamiento. Este implica el fin del proceso transformador como eje orientador, aunque no a partir de una restauración conservadora. En concreto, implica que el país pasa de vivir un *proceso* – en el sentido de un fenómeno surgido desde una coyuntura crítica o conflicto que define su sentido, el que es encarnado por actores precisos- a experimentar *situaciones*, marcadas por políticas reformistas o contra reformistas, encabezadas por el gobierno de turno y/o por movilizaciones sociales ocasionales en un tono de hastío, pero desencantado. Con ello, Chile se asemejaría a la actualidad latinoamericana, donde no existe una problemática central, sino problemas a los que deben dar respuesta los gobernantes. Al persistir la crisis social y política, estos últimos experimentan un fuerte rechazo, de tal forma que en las elecciones siguientes son electos actores de signo político distinto, los que rápidamente sufren del mismo hastío.

Es importante explicitar que el escenario de empantanamiento y sobre todo de restauración conservadora, implicarían un término en el ciclo abierto en 2011 y profundizado en 2019. Ahora bien, la insatisfacción, el malestar o el agobio de la ciudadanía reflejados en 2019, no han desaparecido. Incluso, puede considerarse que han aumentado tras dos años de pandemia, un proceso constituyente fallido, una crisis económica a profundizarse en los meses siguientes y un encarecimiento sustancial del costo de la vida. Inflación, cesantía y delincuencia encabezan las preocupaciones ciudadanas, sumándose a la falta de reformas sustantivas en materia de pensiones, educación, salud y vivienda. Así, se construye un escenario extremadamente complejo y desalentador, cuyos derroteros no parecen vislumbrarse, al menos hoy

Todo ello abre una interrogante sociológica fundamental ¿Estamos frente a un cambio en el tipo de sociedad? Desde 1938 en adelante, la sociedad chilena fue clásicamente de centroizquierda. Durante el estallido, se observa una orientación al cambio y al conflicto, con críticas importantes a la visión consensual que había predominado en décadas anteriores. Lo que es hoy, distintos estudios dan cuenta de una relevancia de las ideas de orden y autoridad, como también de un temor al cambio, al enfrentamiento y a la incertidumbre, lo que llevaría a preguntarse hasta qué punto la sociedad chilena derivó en conservadora.